

PRÓLOGO

TOMÁS CHIVATO PÉREZ
UNIVERSIDAD CEU SAN PABLO

Celebramos hoy la realización de la 2ª Jornada de Humanidades médicas de la Facultad de Medicina de la Universidad CEU San Pablo de Madrid.

Una vez más, el Director del Instituto de Humanidades, profesor don José Peña, y nuestro docente de Antropología, profesor don Antonio Piñas, han acertado plenamente con la figura de esta jornada: el Dr. Gregorio Marañón.

El Dr. Gregorio Marañón ha sido un ejemplo a seguir por los médicos del siglo xx y continua siéndolo para los médicos del siglo xxi.

Es relevante resaltar que destacó no sólo como médico, también como escritor e historiador. Fue un hombre de su tiempo, humanista y liberal, comprometido con sus ideas. Siempre quiso trasladar a sus alumnos en la Facultad, que «el médico que solo sabe Medicina, ni Medicina sabe».

En el campo científico de la medicina fue un pionero de la endocrinología, convirtiéndose en uno de sus precursores tanto a nivel nacional como internacional. Autor de numerosas publicaciones, conferencias, comunicaciones a congresos y editor de libros. Aún hoy se utiliza el *Manual de diagnóstico etiológico*. Toda su ingente obra pudo llevarla a cabo gracias al aprovechamiento

del tiempo, bien escaso de nuestras vidas, y le llevó a autodefinirse como «un traperero del tiempo».

Compaginó su vida profesional con su vida familiar, casado y padre de cuatro hijos.

Llegó a conseguir la Cátedra de Endocrinología de la Facultad de Medicina de Madrid y fue admitido y colaboró en cinco de las ocho Reales Academias españolas.

El Dr. Gregorio Marañón fue un hombre polifacético y el profesor don Pedro Laín Entralgo distinguió hasta 5 personalidades distintas en este gran médico madrileño: el *médico*, el escritor, el historiador, el moralista y el español.

Su vocación de servicio con los enfermos abarcaba desde la Casa Real hasta los pobres del Hospital Provincial de Madrid (Hospital de la beneficencia). La ciudad de Madrid le reconoció su entrega y hoy lleva su nombre uno de los hospitales más importantes de la ciudad: el Hospital General Universitario «Gregorio Marañón».

Todavía continua vigente la mejor herramienta diagnóstica citada por el Dr. Marañón: «una silla, una mesa, papel y un lápiz». Únicamente debemos sustituir el lápiz por el ordenador y tendremos la mejor herramienta diagnóstica en medicina: la correcta y exhaustiva historia clínica, basada en el interrogatorio cuidadoso del paciente.

Vivimos en un mundo cambiante, en el que estamos sometidos a la dictadura del tiempo y el exceso de información que prácticamente no podemos procesar. Es precisamente ahora cuando necesitamos hacer una parada en nuestras aceleradas vidas y meditar sobre figuras históricas como la del Dr. Gregorio Marañón.

Si queremos resaltar valores trascendentes del médico como es el humanismo, intentar que la ética profesional de los futuros médicos se fortalezca, recordar que además de ciencia la Medicina es arte y basar el acto médico en la afectividad además de la evidencia científica, encontraremos en la vida y obra del Dr. Marañón magníficas «herramientas» para el día a día.

En este libro el lector encontrará remedios y alivio a la ajetreada civilización de la prisa y del conocimiento que nos ha tocado vivir.

Tal y como escribimos en el prólogo de la 1ª Jornada, «lo que no se escribe no existe» y una vez más los promotores de la 2ª Jornada y todos los magníficos ponentes dejan huella escrita. Mi más cordial enhorabuena y agradecimiento sincero.

MARAÑÓN, UN LIBERAL DEL SIGLO XX*

JOSÉ PEÑA GONZÁLEZ
UNIVERSIDAD CEU SAN PABLO

Decía Unamuno que hay libros empapados de humanidad palpante y biografías humanas que son como libros. Este es el caso que hoy nos ocupa. El de un humanista del que se podría decir que en su inmensa sabiduría hablaba como un libro abierto y que de dicha lectura se desprendía claramente su condición de hombre. Estamos justamente este año celebrando el centenario de lo que Lorenzo Luzuriaga en la revista bonaerense *Realidad* denominó por primera vez «generación del 14», un término que ha hecho fortuna y que hoy está aceptado por todos los estudiosos.

Esta generación se plantea por primera vez la modernización de España. Debe su nombre a que en este año 1914 se publica *Meditaciones del Quijote*, el primer libro del gran adalid de esta generación don José Ortega y Gasset. Pero a ella también pertenece don Gregorio Marañón Posadillo. Los miembros de la misma con un gran amor hacia España se proponen hacer ciencia cada uno en su especialidad. Marañón lo haría en el campo de la medicina pero tocando también otros campos de la inteligencia en los

* El presente texto recoge casi literalmente la conferencia pronunciada el 22 de abril de 2014 en la Facultad de Medicina de la Universidad CEU San Pablo en la apertura de la Jornada de Humanidades médicas organizada por el Instituto de Humanidades Ángel Ayala en homenaje al maestro Marañón, médico y humanista.

que también fue un destacado maestro. El doctor Marañón como todos los miembros de esta generación se ha formado en Alemania donde ha conocido en Frankfurt al doctor Ehrlich, quien le inculcaría su vocación por el tratamiento de las enfermedades infecciosas. Marañón trae de Alemania el salvarsán 606, entonces el remedio más avanzado contra la viruela y el tifus.

Marañón es un hombre del 14: en la compañía generacional de don Manuel Azaña nacido en 1880 y con el que nunca tuvo una relación amistosa sino de simple cordialidad, y también la de Ortega nacido en 1883, Madariaga en 1886 y él mismo, que viene al mundo en Madrid el 19 de mayo 1887. Hijo de un jurista de la montaña, don Manuel Marañón y Gómez Acebo, autor junto con Medina de una recopilación legislativa que los estudiantes de mi época todavía utilizábamos, conocida con el nombre del Medina y Marañón. Su relación con el padre fue siempre entrañable y le acompañó en los veranos santanderinos confesando que allí en las tertulias celebradas en la casa de don Benito Pérez Galdós y a las que asistían Menéndez Pelayo y Pereda junto a su padre aprendió la gran lección de la tolerancia. Marañón es un lector precoz que ha leído antes de hacer el bachillerato la historia de Roma de Mommsen y gran parte de la obra de Shakespeare.

Su vida académica se inicia precisamente en el Instituto de Santander donde se matricula para el examen de ingreso. Al citado centro fue de la mano de su padre y de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Era un niño tímido incapaz de balbucir una sola palabra, de manera que como confesó años más tarde no contestó a ninguna de las preguntas que le formuló el tribunal y obtuvo el aprobado por la presencia y recomendación de don Marcelino. El año 1902 inicia sus estudios de medicina en el Caserón de San Carlos en Madrid licenciándose el año 1909. En 1910 realiza el doctorado, trasladándose a Frankfurt y donde conoce a Ehrlich como he indicado. En el año 1911 ingresa por oposición en el Hospital General de Madrid. El año 1918 en compañía del doctor Pittaluga visita Francia analizando detalladamente los hospitales

de campaña que el ejército francés había levantado para atender a sus soldados en la gran guerra europea. De esta fecha es también su trato con el doctor Fleming, más tarde, como es sabido, descubridor de la penicilina.

Marañón es ya una figura que cuenta en el panorama intelectual de la época. El año 1915 va a dictar unos cursos en el Ateneo madrileño y el año 1922 ingresa como numerario en la Real Academia de Medicina. El tema de su discurso versará sobre el estado actual de las secreciones internas contestándole precisamente el doctor Pittaluga. Marañón ya tiene clara su vocación médica en la especialidad de la endocrinología, materia en la que ocupará la primera cátedra que se crea en la universidad española el año 1931 en la Universidad Central. Marañón es discípulo agradecido de sus grandes maestros. Reconoce y alaba el papel de Olóriz, Cajal y Madinaveitia. Reconoce su magisterio y lo proclama a los cuatro vientos.

Este año 1922 marcará de forma decisiva su vida: acompañará al rey Alfonso XIII a Las Hurdes en una visita de gran calado, no solo clínico sino político. Allí conocerá al obispo de Coria, más tarde primado de España y finalmente cardenal arzobispo de Sevilla, don Pedro Segura y Gómez, al que asistirá como médico en sus últimos momentos, en una prueba más de tolerancia de la que Marañón hizo repetidamente gala. El cardenal Segura y el doctor Marañón políticamente estaban en las antípodas. Este año 1922 visitaría también por primera vez Toledo, llevado por Galdós y su sobrino Hurtado de Mendoza, quien le recomienda compre El Cigarral en el que pasaría los mejores años de su vida. Este Cigarral era un antiguo convento de los frailes menores del que el doctor Marañón se enamora y lo transforma en su paraíso terrenal, lo amuebla a su gusto y va instalando en el mismo todos aquellos objetos que va adquiriendo en su vocación de viajero impenitente por todos los rincones de España. En la celda del prior instalará su despacho, a la entrada colocará el reloj de sol que perteneció a don Álvaro de Luna. La puerta principal se verá flanqueada por dos cipreses que

se trae de Las Hurdes. Allí instalará una magnífica colección de cerámica de todas las regiones españolas junto a los serijos toledanos de los que reúne una amplia colección. El Cigarral cuenta también con una pila labrada que fue baptisterio de una parroquia toledana, y en su jardín, lo que llamaba el maestro el banco de los poetas perteneciente a los hermanos Bequer. El edificio sufrió las consecuencias de la guerra civil española y después de la misma su capilla fue reconstruida instalando en la misma un altar mozárabe procedente de San Juan de la Penitencia. Aquí el doctor Marañón instaló su colección de libros de viaje, extraordinariamente rica y allí aprendió a amar a aquel griego que supo en Toledo encontrar y aunar la tradición oriental de Creta con el misticismo de Castilla.

Marañón, a cuyo liberalismo me referiré más adelante, es posiblemente el paradigma de la generosidad intelectual. Un humanista que tenía vocación de hombre, una vida fecunda, como escribieron Almodóvar y Warleta. Un hombre que nunca negó a nadie un prólogo escribiendo más de doscientos y tocando todos los temas imaginables. Me interesa destacar que es precisamente en estos prólogos donde podemos bucear en la vida personal e intransferible del doctor Marañón. En ellos aparecen muchos rasgos y datos que nos permiten trazar el perfil de este gran humanista y liberal. En su reconocida bonhomía pensaba que los prólogos eran como la esterilla que ponemos a la entrada de las casas para limpiarnos el polvo de los zapatos y que la casa quedara impoluta. Lo importante de los libros, remachaba D. Gregorio, no son las entradillas del prólogo sino la obra del autor prologado. Tesis que en mi opinión es por lo menos discutible en muchos casos y muy alejada de la realidad en tantos otros.

Marañón, junto a los prólogos, lleva a cabo una gran obra como ensayista e historiador. En 1930 publica su ensayo sobre *Enrique IV de Castilla y su tiempo*. En 1932 *Amiel* un estudio sobre la timidez, dos años más tarde *Las ideas biológicas del Padre Feijóo*. En 1936, *El Conde Duque de Olivares*, en 1939 *Tiberio o el resentimiento*, en 1940 *Don Juan*, en 1942 su *Luis Vives*, un análisis

completo de lo que significa el exilio que en esos años él estaba viviendo precisamente en París. Al Vives hay que añadir su *Antonio Pérez* una obra que en opinión de Camón Aznar es de las más importantes biografías escritas por un español sobre España. Azorín es de la misma opinión. Su vocación de historiador salta a la vista, vocación compatible con la de médico. Era la lógica consecuencia de su faceta de humanista, de un intelectual al que le gusta conocer el pasado. La vocación histórica forma parte de su vocación como hombre. El médico historiador expone en sus trabajos históricos historias clínicas de personajes que pertenecen a la historia vistos desde la mirada aguda de un profesional de la medicina. Como se ha escrito la vida es historia y los médicos saben mucho de la vida. La vida del hombre se realiza siempre en la historia, de la cual cada uno tiene su propia versión individual como sujeto de la misma. La vocación histórica, la segunda gran vocación de Marañón después de la de médico, es la que le permite manifestarse como humanista. Decía Laín que Marañón era historiador de ideas más que de vidas individuales. En su labor histórica le ayudó su extraordinaria cultura, de la que da prueba su impresionante carrera académica.

He comentado que el año 1922 ingresa como numerario en la Real Academia de Medicina, el año 33 sería elegido para la Real Academia Española. Leerá su discurso de ingreso el 8 de abril de 1934 sobre «Vocación, preparación y ambiente ideológico y médico del Padre Feijóo» contestándole Cotarelo. El año 1934 es electo para la Real Academia de la Historia ingresando el 24 de mayo de 1936 con un discurso sobre «Las mujeres y el Conde-Duque de Olivares» replicándole el Marqués de la Vega Inclán. Ese mismo año resulta electo para la Real Academia de Ciencias en la que ingresaría el 3 de diciembre de 1947 con un discurso sobre Cajal al que contesta don Pedro de Novo. El año 1956 ingresa en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando con un discurso sobre «El Toledo del Greco» contestándole Sánchez Cantón. Estamos pues ante el único español que a lo largo de la historia ha sido

numerario de cinco academias, a lo que habría que añadir en su *cursus honorum*, el doctorado honoris causa de universidades tan prestigiosas como París, Milán, Oporto y Coimbra.

Decía anteriormente que Marañón pertenece por derecho propio a la generación del 14, un grupo de españoles de alta calidad intelectual y más reformistas que revolucionarios. Para Marañón se habían dado en España a lo largo de su vida tres momentos generacionales: la generación literaria del 98, la generación intelectual del 14 y lo que llamaba la generación de la postguerra o de la mala paz. Esta opinión marañoniana sobre la guerra civil española me trae a la memoria la tesis tantas veces repetida de Julián Marías que cuando se refería a la guerra civil decía que era la de «los injustamente vencedores y justamente vencidos». Marañón vivió en su vida personal las consecuencias de lo que su alumno Laín llamaba el tajo sangriento de la guerra civil española.

El exilio de don Gregorio empieza en París. En la capital de Francia conquista dos tesoros impagables en la vida de un hombre: la serenidad y la melancolía. Allí desde el Sena va a reflexionar sobre España y gran tragedia de una lucha fratricida entre españoles. No dejará de trabajar con el auxilio imprescindible de su mujer en las bibliotecas parisinas, y desde allí también hará dos viajes a Hispanoamérica. El primero en 1937, en el que visita Uruguay, Argentina, Chile y Brasil. Más tarde, el año 1939, volvería a la América española recorriendo Perú, Bolivia, Uruguay y Brasil. Estos viajes le van a permitir descubrir Hispanoamérica con su mirada europea y española. Hasta este momento don Gregorio sólo conoce el viejo mundo. En todos estos países pronuncia conferencias, recibe reconocimiento y homenaje por parte de sus alumnos, que ocupan puestos destacados en las mismas, y transmite lo que nunca le faltó: su pasión española. En el verano de 1940, como es sabido, tiene lugar la entrada de las tropas alemanas en París. Orgullosamente el ejército nazi organiza un desfile militar por las principales avenidas de la ciudad. Los franceses dignamente se recluyen en sus casas, pero en la plaza de la Concordia hay

dos españoles que serán testigos de la soberbia hitleriana, son los únicos presentes en el desfile militar. Se llaman Teófilo Hernando y Gregorio Marañón. De ello hay constancia fotográfica.

El año 1943, y gracias en parte a la petición formulada por su yerno Fernández de Araoz, se le permite el regreso a España. Su reaparición tendrá lugar en Madrid con una conferencia en el paraninfo de la Universidad Central en el viejo caserón de San Bernardo sobre el *Manual de diagnóstico etiológico* que sería un texto de referencia canónica para todos los estudiosos de la medicina española y extranjera. A partir de este momento Gregorio Marañón se instala en Madrid con carácter fijo, dejando aparte su intervención política y dedicándose exclusivamente a su actividad profesional y académica. Atrás queda el Marañón político, el hombre que predicó liberalismo y tolerancia en la España del siglo xx. Uno más de los egregios españoles que como él mismo se autodefinió habían alcanzado su madurez entre dos fechas muy significativas de la patria: Cavite y Annual. Es el Marañón que va a participar en la Sanjuanada, aquel intento de restablecimiento democrático encabezado por don José Sánchez Guerra y que le costó al ilustre galeno ingresar en la prisión Modelo de Madrid y pagar una multa de 100.000 ptas. de la época para poder salir de la misma. Es el Marañón del prólogo a la obra de Marcelino Domingo *A dónde va España*. Es de 1929 y en esa fecha según Laín podemos situar el tránsito del Marañón que se mueve bajo la monarquía al firmante el año 30 de la constitución de la «Agrupación de Intelectuales a favor de la II República española» con la presidencia honoraria de don Antonio Machado y el protagonismo de don José Ortega y Gasset, don Ramón Pérez de Ayala y él mismo.

Marañón fue diputado constituyente en 1931 obteniendo acta por la provincia de Zamora, participó escasamente en la tarea constituyente y de ahí que sea lógico situar en los incendios de mayo de 1931 el principio de su decepción republicana. Protesta públicamente por dichos actos que cree son de extraordinaria gravedad para la subsistencia de la República y critica el fanatismo

incendiario de los que queman templos haciendo gala de una especie de fetichismo primitivo que poco bien hace al régimen tan pacíficamente instaurado en España. Siguió practicando un liberalismo más de conducta que de política. Reconoce que tiene que revisar su concepción del liberalismo. En el prólogo a la obra de Natalio Rivas *Políticos, gobernantes y otras figuras españolas* escribe literalmente:

Cuando se ha sido eso que se llama liberal hasta mediada la vida, y se ha luchado por serlo y se hubiese dado por ello, si es preciso la vida; y de repente un rumor vago en lo más escondido de la conciencia, nos empieza a decir, con murmullo entrecortado primero, con voz más clara y alta después, que ese liberalismo nuestro no servirá, quizá, para arreglar la vida de los hombres y de los pueblos, entonces es cuando se siente la conmoción revolucionaria, cuando parece que nos falta la estrella que nos guía y uno de los objetivos de nuestro vivir.

Da la impresión que el liberal clásico Marañón conoce la revisión sobre el liberalismo que está llevando a cabo la escuela de Oxford a través de John Stuart Mill y Thomas Green. El médico español es consciente de la necesidad de un revisionismo liberal que transforme su inicial egotismo en una corriente política solidaria.

El liberal Marañón escribirá más tarde una obra titulada *Reflexiones sobre la revolución. Liberalismo y comunismo*. Curiosamente en dicha obra, lo mismo que en *Ensayos liberales* se habla poco de liberalismo. En ese último publicado ya en Madrid el año 1942 en la colección Austral de Espasa Calpe con el número 600 de la misma, Marañón recoge en la página primera del prólogo el texto que en su día publicó en la obra referida de don Natalio Rivas. En ella dice lo siguiente:

Ser liberal es, precisamente, estas dos cosas: primero estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo; y segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios sino que al contrario, son los medios